



Ramond en los Pirineos

Traducimos, porque, seguramente, han de ser del agrado de nuestros federados, algunos trozos del viaje de Ramond a los Pirineos. Quisiéramos que estas pocas páginas que damos hoy traducidas, sirvieran de acicate a nuestros pireneístas para leer el libro de Ramond, recientemente reeditado en Francia por la Bibliothèque du Bibliophile. Louis—François—Elisabeth Ramond de Carbondnières nació en Strasburgo a mediados del siglo XVIII. Estudió en su Universidad bilingüe. A caballo sobre las culturas alemana y francesa, fué el primero que impregnó de wertherismo las letras galas. Ramond, huyendo de un amor desgraciado, fué a Suiza, ascendió a los Alpes y tradujo, mejorándolos, los Sketchs, de Coxe. «Escribe usted como Rousseau», le dijo Buffon. Incorporado a la corte del Cardenal Príncipe de Rohan, intervinó en el asunto famoso del collar de la Reina, y tuvo amistad con Cagliostro. Diez años después de su ascensión a los Alpes emprende la de los Pirineos y escribe su libro famoso. Saint-Beuve le llamó el pintor de los Pirineos y Monglond afirma que, aun hoy, se le puede considerar como el poeta y pintor por excelencia de la montaña.

EN LA ASCENSIÓN AL PICO DE MIDI DE BAGNÈRES,
RAMOND EXPRESA ASÍ SUS IMPRESIONES MONTAÑERAS

El calor del sol comenzaba a dejarse sentir y nos obligó a tomar un momento de reposo. Reanudamos lentamente la marcha. Ya las flores de un césped corto y vigoroso, recientemente surgido de las nieves que se acantonaban de distancia en distancia, me recordaban los altos valles de los Alpes y sus pastos. El aire estaba tranquilo y perfumado por el *Daphe Cneorum* que comenzaba a florecer, puesto que los días de la canícula son la primavera de esos lugares. Yo sentía ese encanto, tan conocido por mí, tan saboreado en las montañas, ese contentamiento vago, esa ligereza del cuerpo, esa agilidad de los miembros, esa serenidad del pensamiento, tan dulces de sentir y tan difíciles de expresar; mis pasos se aceleraron y mis compañe-

ros no podían ya seguirme. Les esperaba por intervalos, pero pronto me fué imposible esperarles y abandonándoles mi guía, trepé solo, en línea recta, hacia la cima; la coroné en poco tiempo y desde el borde de un precipicio espantoso, vi un mundo a mis pies.

La confusa aglomeración de los riscos meridionales, que, hasta ese momento, había aprisionado mi mirada, y fatigado mi pensamiento, se curvó tras de mí en



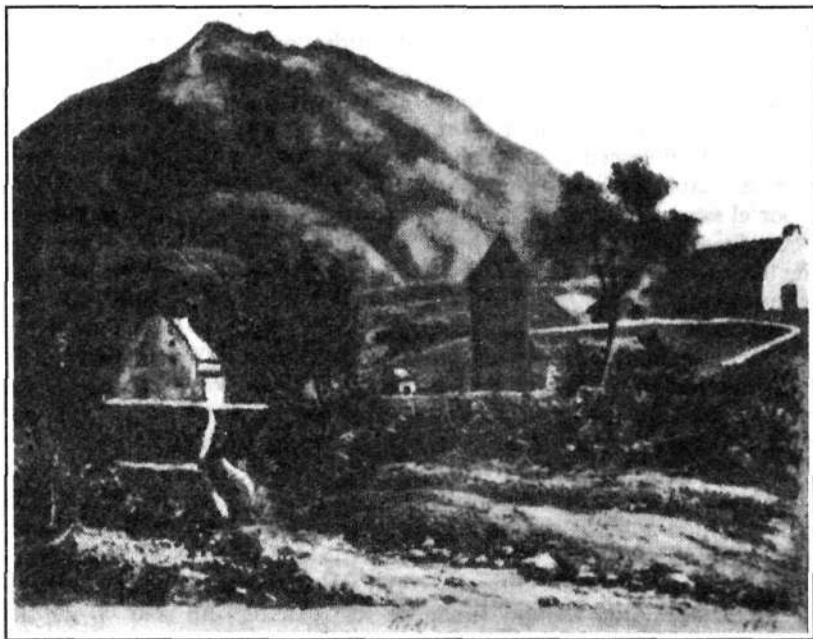
Retrato de Ramond cuando era joven.

un vasto creciente y llevó desde entonces sus alturas máximas a esa distancia, a la que la grandeza deja de ser abrumadora. Colocado en el centro aparente de la curvatura, veía morir, junto a mí, sus extremidades. Nada se elevaba ya entre las llanuras y yo; me hundía, como desde lo alto de las nubes, sobre sus valles y colinas reducidas casi al mismo nivel, y recorría de una mirada la Bigorre, el Béarn, el Conserans, el Languedoc mismo, hasta ese profundo alejamiento, donde un vapor ligero, fundiendo los límites del horizonte en la inmensidad de los cielos, acudía al socorro de los ojos, libertándoles de todo nuevo anhelo.

EN EL MISMO CAPÍTULO HACE ESTA OBSERVACIÓN ACERCA
DE LA CURIOSIDAD DE LAS GENTES DEL PIRINEO :: :: ::

En menos de tres cuartos de hora, a contar desde el momento en que abandonamos la cima, estábamos al borde del lago. Reposamos un momento sobre la hierba perfumada. El calor era abrasador. Ovejas, dispersas sobre los pastos, repo-

saban también, unas a la sombra de las rocas, otras sobre las nieves; los pastores las vigilaban desde lo alto de un enorme risco, sobre el que estaban acostados. Este aspecto era tan dulce como pintoresco, y nada, ahora, huía de nuestra proximidad. En este momento dos jóvenes montañeses nos abordaron; bellos y bien hechos, caminaban descalzos, con esa gracia y esa ligereza que distinguen eminentemente a los habitantes de los Pirineos. Su gorrete estaba ornado, con gusto, de flores monteses y su aire aventurero tenía algo de singularmente interesante. Subían al Pico, y nos preguntaron si se veía la llanada bien limpia de vapores, puesto que tan sólo



Gèdre en 1805, dibujo de Ramond.

la curiosidad les conducía, y venían de las montañas del Béarn... Los Alpes no me han ofrecido nunca un ejemplo de parecida curiosidad. Supone esta inquietud de espíritu, esas necesidades de la imaginación, ese amor a las cosas sorprendentes, lejanas, famosas, que nunca turbó la felicidad apacible del habitante de los Alpes, y del que, en cambio, se compone la felicidad, más romanésca, del habitante de los Pirineos. Independiente de la libertad, del acomodo, de la educación, este esfuerzo levantado de las ideas se descubre aquí, en el discurso del pastor que se creería más grosero, bajo la más modesta cabaña, en medio de las privaciones y de la pobreza; y el verdadero poseedor de los Pirineos, el pastor indígena de estos montes, espiritual, sin cultura, noble y generoso bajo sus harapos, altivo en la indigencia misma, y sereno en los reveses, siempre amable, siempre encendido por las dulces quimeras del sentimiento y por las nobles quimeras de la gloria, se da a conocer por ese patrimonio que ha recibido, menos de su cielo que de su raza, nobleza a la que nunca ha traicionado y que le acompaña en toda coyuntura.

DEL CAPÍTULO DEDICADO AL VALLE DE GAVARNY ES ESTA
ACERTADÍSIMA DESCRIPCIÓN DE LA FAMILIA DE PASTORES

A lo largo del estrecho pasaje que acabo de describir, encontramos los pastores de los montes vecinos de España que descendían para cambiar de pastos. Cada uno conducía delante de sí su ganado. Un pastor joven caminaba a la cabeza de cada rebaño, llamando por la palabra y la esquila, a las ovejas que le seguían con incertidumbre y las cabras aventureras que se dispersaban sin cesar. Las vacas seguían a las ovejas, no como en los Alpes, la cabeza erguida y el ojo amenazador, sino con aire inquieto y espantadizo de todos los nuevos objetos. Después de las vacas venían las yeguas, sus potrancos atolondrados, las mulitas, más malignas, pero más prudentes, y, en fin, el patriarca y su mujer, a caballo; los niños a la grupa; el mamoncete en los brazos de la madre, cubierto por un pliegue de su gran chal escarlata; la hija ocupada en hilar sobre su montura; el muchachuelo a pie, tocado con el caldero; el adolescente armado de cazador, y aquel de los hijos, que la confianza familiar había dedicado más particularmente al cuidado del ganado, caracterizado por el saco de sal, ornado de una gran cruz roja. Ingenua imagen del hombre que cumple el primer pacto que su raza ha hecho con la tierra, viva imagen del Pastor de todas las montañas del mundo, ¿de qué siglo no será contemporánea? ¿a qué clima le será totalmente extranjera? ¿qué edades de la vida pastoral y qué lugares amados por los rebaños no recuerda? Así caminaba, hace más de tres mil años, el Pastor que nos pintó Moisés; tal era el régimen de los rebaños del *desierto*, de aquellos tiempos remotos, que los griegos observaron por vez primera; tal lo he encontrado yo en los Alpes y lo reencuentro en los Pirineos; tal lo he hallado por todas partes. Cuadro dulce y campestre, en el que la simple naturaleza ha hecho la freza, debe reunir como ella, la venerable huella de la antigüedad a los encantos de una inmortal juventud, y renovarse, a la vuelta de cada año, como la hoja de los árboles y la hierba de los prados... Este encuentro era un feliz azar para el grupo del que yo formaba parte, y objetos parecidos le presentaban un espectáculo bien nuevo; pero ninguno podía encontrarle, como yo, ese encanto de la comparación y del recuerdo. Desde largo tiempo amigo de los rebaños, tan sólo yo me acercaba en amigo, gozando de su curiosidad, de sus temores y de su hosca sorpresa.

